

HISTORIA DE LA MONTAÑA BLANCA

PARTE 2

Los días del Conde Torkelion Rogendar

Fundador del reino, libertador de La Montaña Blanca

En aquellos lejanos días no había ningún reino en estas tierras. En realidad no había casi ningún reino en toda Thalesia. Los hombres vivían en clanes familiares, muchos de ellos nómadas, o como mucho agrupados en tribus.

Las tribus de esta zona ya nombraban a esta tierra La Montaña Blanca, en honor a la altísima montaña que presidía sus hogares y sus vidas y a la que consideraban sagrada, o residencia de sus dioses. Esa creencia era lo que daba un poco de cohesión a todas estas tribus, por lo demás muy diferentes. Tan diferentes como los paisajes de esta tierra. Estaban las bulliciosas tribus de la costa, cuyos valientes hombres salían en pequeñas barcas talladas de un solo tronco a pescar a mar abierto, sin miedo a enfrentarse a terribles tormentas. Y las tranquilas tribus de los valles, cuyos afanosos habitantes araban y sembraban las fértiles orillas de los numerosos ríos y riachuelos, investigando el modo de conseguir cada año una cosecha un poquito mejor. Y por último los clanes de las cimas, con sus huraños habitantes, curtidos por el sol de las cimas y el frío viento cierzo, que en un instante podía traer niebla helada incluso en los días de verano.

Sí, eran diferentes, pero una vez al año todas las tribus y clanes se reunían al pie de su montaña sagrada a celebrar la vida y recordar a sus muertos según la costumbre de los Hijos de la Tierra. Y al bosque que cubría la falda de la montaña le llamaron el Bosque Sagrado y en él habitaron los mejores druidas de cada clan y tribu.

Pero aunque los druidas tenían poderes y eran sabios y los árboles del Bosque Sagrado les vaticinaban sucesos, ninguno de ellos vio venir el peligro y la terrible invasión. Muchas veces habían llegado hasta aquí hordas de barbaros, llegaban mataban, robaban y desaparecían. Pero esto fue algo muy diferente. Lo que llegó fue un gran ejército, disciplinado y entrenado. Llegaron desde el sur, reclamando estas tierras, dirigidos por su autoproclamado rey Gornaff.

Hacía ya más de una década que este ambicioso hombre se había impuesto sobre todos los hombres poderosos de su tierra, por medio de pactos y de guerras se había quedado con las tierras de todos, proclamó que eran un reino y él su rey. Pero ahora quería mas y por eso estaba invadiendo las tierras del norte de su reino, quería La

Montaña Blanca, o más bien quería los minerales de sus montañas, las provisiones de sus valles y quería su acceso al mar. Gornaff lo quería y lo tomó.

Tras la brutal guerra La Montaña Blanca quedó incluida en su reino. Para administrar sus riquezas Gornaff lo declaró un condado y nombró conde a uno de sus capitanes más valientes: Torkelion Rogendar. Y le envió a instalarse allí, junto con un puñado de pobladores que le ayudaran a colonizar e imponer sus costumbres, pero sobretodo a recaudar todos los impuestos que exigía.

Y eso es lo que hizo el conde Torkelion... en los primeros años. Pero a medida que el tiempo pasaba el conde se iba enamorando más y más de La Montaña Blanca, de sus paisajes y de sus gentes sencillas. Pero sobre todo de la montaña sagrada. Tanto es así que hizo construir su castillo a los pies de la montaña, muy cerca del Bosque Sagrado. Esto hizo que tuviera más trato con los druidas y sacerdotisas del Bosque y como él también creía en la religión de los Hijos de la Tierra el acercamiento a la suma sacerdotisa fue muy natural.

Pero a medida que su amistad con los habitantes de Bosque Sagrado aumentaba, la actitud del conde Torkelion respecto a los nativos cambiaba. El conde empezó a ver mal el trato que recibían, y a mandar mensajes al rey Gornaff quejándose de esto. Pero nunca tuvo respuesta. Desde la capital solo llegaban requerimientos de impuestos que ahogaban a los nativos, toda la producción de mineral debía ser entregada, así como prácticamente toda la producción de piedra y de provisiones, dejando a los nativos en una pobreza tan extrema que se sentían como esclavos en su propio hogar. Y a cambio el condado de la Montaña no recibía nada en absoluto, incluso los pobladores que el rey mandó como colonos estaban descontentos pues se sentían ciudadanos de 2ª por el trato que su rey les daba.

Finalmente el conde Torkelion decidió romper su juramento de obediencia a su rey, ¡no iba a permitir por más tiempo este expolio de su condado! Tramó una rebelión junto con sus capitanes y los druidas del Bosque Sagrado. En secreto fueron armando y entrenando a los hombres de las tribus y los clanes y en el día de su fiesta anual, cuando todos acudieron al Bosque Sagrado para los festejos, el conde habló a todos los habitantes de La Montaña Blanca, pobladores y nativos, les convenció de la necesidad de revelarse contra el rey, enardeció sus ánimos, les explicó sus planes y estrategias para vencer y ese mismo día se envió la declaración de guerra.

El rey Gornaff la recibió con burla y suficiencia y envió a su ejército con la intención de aplastar de inmediato a un puñado de campesinos. Pero no sucedió así. El enemigo que encontraron era disciplinado y estaba bien dirigido por el conde Torkelion, que elegía siempre los terrenos más ventajosos para presentar batalla. La guerra se alargó casi un mes y prácticamente todas las batallas las estaban ganando las tropas del conde, que con cada victoria le tenían más respeto y admiración. Así fue como finalmente ganaron la libertad de su tierra y los invasores se retiraron con el rabo entre las piernas.

Mucho más que un condado fue lo que perdió ese día el déspota rey Gornaff, pues varias hordas de barbaros aprovecharon que el ejército estaba desplazado y habían invadido el corazón de su reino, campando a sus anchas, robando, matando y arrasando. Cuando el rey regresó con su maltrecho ejército apenas pudieron plantar cara a los barbaros. El rey Gornaff murió mientras veía como los barbaros arrasaban su capital, deshaciendo así su reino.

En cambio en La Montaña Blanca todo fueron celebraciones y muestras de respeto a Torkelion “el libertador”. La suma sacerdotisa habló al pueblo de la Montaña, pues ahora todos se sentían unidos, los colonos del conde y las tribus y clanes de nativos, todos se sentían unidos en su lealtad al conde. Les dijo que todos eran ahora un único pueblo, un reino y que su libertador debería ser nombrado rey. Y el pueblo aclamó, aprobando la decisión con una sola voz.

Pero Torkelion “el libertador” reusó humildemente ser nombrado rey. Les dijo que como conde de La Montaña Blanca le habían seguido y habían luchado por su tierra y que por eso debía seguir siendo conde, y que trabajaría incansable por la gloria del reino que entre todos estaban fundando.

Al poco tiempo se realizó en el Bosque Sagrado la ceremonia de investidura, en la que la Suma Sacerdotisa nombró al conde Torkelion Rogendar “gobernante de la Montaña Blanca, protector del Bosque Sagrado, señor de los clanes de las cimas, señor de las tribus de los valles y de las costas.”

Y desde entonces hasta nuestros días La montaña Blanca ha sido siempre gobernada por un conde de la estirpe de Torkelion “el libertador”.